



LIBROS

por fernando molinero

"los silencios del dr. murke", de heinrich böll

EL libro de relatos de Heinrich Böll titulado «Los silencios del Dr. Murke» (Colección Narraciones. Editorial Taurus. Madrid, 1963), es, sobre todo, un derroche de equilibrio narrativo, de gracia, de bien «elaboradas» espontaneidad —pues así ha de ser la auténtica espontaneidad en literatura—, de agilidad y de agudeza. Heinrich Böll —uno de los cultivadores de este género con más acierto entre los narradores alemanes de hoy— tendrá siempre lectores, porque conoce perfectamente una técnica cuyo primer objetivo es el de interesar al lector, el de hacer que el lector entre rápidamente en la situación que se va a relatar y ya no se aparte de ella. De una gran sencillez en la manera de presentar los temas elegidos, Böll no requiere del lector, por otra parte, un excesivo esfuerzo de comprensión. La sencillez alcanza también al tema contenido en cada una de estas narraciones. Böll no acomete grandes temas —filosóficos, sociales o políticos—, sino que la materia real de que se nutre es una cierta realidad cotidiana, vista, entendida y presentada según sus manifestaciones más simples y primarias.

Si a esto se añade una especial disposición del autor para ver esa realidad desde un ángulo satírico —mas, sin embargo, nunca excesivamente satírico— y en cierto modo escéptico, quedará bastante completa —creemos— una imagen de lo que es «Los silencios del Dr. Murke», libro que consta de cinco cuentos: «La colección de los silencios del Dr. Murke», «No sólo en Navidad», «Algo va a pasar», «Diario en la capital» y «El destructor».

Frente a un Maugham, por ejemplo, Böll —que en algunas cosas se le parece mucho— tiene la superioridad de aprehender en la realidad una complejidad soterrada y, sobre todo, unas enormes posibilidades de someter a sátira —una sátira no lo suficientemente destructora, por otra parte— algunos aspectos de la vida social. Es así como esa emisora radiofónica de «Los silencios del Dr. Murke», o como el ambiente de una Navidad en «No sólo en Navidad», se nos presentan en una constante ridiculación de tópicos y convenciones. Pero sin llegar nunca al fondo de la cuestión. Böll es —y este calificativo acaso le cuadra como ningún otro— un crítico de costumbres. Pero, al propio tiempo, es un escritor de calidad, un escritor que domina muy bien los medios narrativos.



"ciencia y gobierno", de c. p. snow

ESTE libro, «Ciencia y gobierno», de C. P. Snow, excelentemente traducido por Manuel Escalera (Colección Biblioteca Breve. Editorial Seix-Barral. Barcelona, 1963), contiene una instructiva e interesante historia: la disputa entre Sir Henry Tizard y F. A. Lindemann. El primero de ellos, estaba encargado del desarrollo del radar en Inglaterra; el segundo, era el asesor científico de Churchill. La disputa se desarrolló durante la segunda guerra mundial y el resultado de todo ello fue una serie de errores —entre los que se señala los bombardeos estratégicos de Alemania—.

El libro entero, del principio al fin, a su largo y a su ancho, está imbuido de una constante llamada a la responsabilidad y a la necesidad de que las graves, las hondas decisiones cuyas consecuencias son incalculables, no puedan ser dictadas por hombres que no están al nivel de esa responsabilidad. Por ello, y por su calidad de libro divulgador y revelador, la lectura de «Ciencia y gobierno» es, sin duda alguna, muy interesante e instructiva.

OPERACION: EL TIEMPO

(Viene de la página 65)

dirigen al horizonte a ver quién le localiza primero. Por fin, un puntito lejano. Se oye, por radio, el saludo: «Hola amigos, ¿qué tal?; aquí estamos; ¿se puso mejor Juan?; dadle un abrazo de mi parte...» Llega, abre los grandes portones del depósito de las bombas, da un par de pasadas al barco, suelta los grandes canutos amarillos con la correspondencia y se aleja veloz. Por radio, se despide: «Hasta mañana amigos; ¿Hay algo especial que necesitéis?, ¿algún capricho que no abulte mucho?; decid a Pedro que hice el encargo que me dio, de mandar en su nombre unas flores...; adiós, adiós».

Se aleja el aeroplano. Aún ha de hacer observaciones y sondeos de la atmósfera el meteorólogo que va a bordo, antes de regresar a la base; hay que aprovechar bien el viaje. En el barco quedan los hombres solitarios; con la carta querida, con sus sueños, con sus pesares, con sus planes... con la sonrisa y la bendición de Dios, que les envuelve como a todos los héroes.

el dinero que cuestan

En un anterior reportaje, sobre cómo llega a obtenerse un mapa del tiempo, decíamos que la Meteorología es cara, muy cara; pero que se paga, con creces, sus propios gastos. El caso de los barcos-observatorio (uno de los más caros en el campo meteorológico) es un ejemplo típico. Puede calcularse que el costo, al año, de mantenimiento de un barco en estación, varía entre unos 270.000 dólares, que vienen a ser los gastos del que resulta más barato, a 435.000 dólares que cuesta mantener el más moderno y caro. Estos datos corresponden al año 1959; durante el cual un millón y medio de personas volaron a través del Atlántico Norte, y pagaron por sus pasajes unos diez millones de dólares. Cualquiera de los gastos necesarios para que ese millón y medio de personas hagan felices travesías, supera, con mucho, al costo total de mantenimiento en estación de toda la flota meteorológica. Apenas unos dólares de cada pasaje son suficientes para costear los barcos-observatorio, sin cuya presencia en el mar, esos vuelos serían más inciertos y, desde luego, más caros. Con los radiosondeos aerológicos de esos barcos, puede calcularse en los aeropuertos el camino de menos duración, el más confortable y el más seguro para esos aviones. Sólo el combustible y las horas de vuelo que ahorran los aviones a reacción mediante esos caminos calculados por los meteorólogos, compensan ya gastos. Y todo ello sin contar que esos barcos sirven, además, con sus señales de radio, como puntos de referencia para la orientación de aviones y barcos; que realizan esas operaciones de rescate y salvamento imposibles de valorar; y que sus observaciones meteorológicas ayudan grandemente a una mejoría de los pronósticos del tiempo, que de por sí originan innumerables beneficios. FIN

(Fotos CAMERA PRESS-ZARDOYA.

Ilustración de ORTEGO)

